

Los años críticos

Agustín García Simón

Junta de Castilla y León

La crisis de 1552

La victoria de Mühlberg, el 24 de abril de 1547, dio al Emperador un prestigio y un aumento de su reputación tan contundentes como engañosos. Contundentes, porque la dimensión del desastre en las filas protestantes no tuvo paliativos, hasta el punto de sorprender a los propios vencedores; engañosos, porque su propio brillo llegó a ofuscar a Carlos V, al tratar de reorganizar el Imperio y su sucesión vinculándolos a la herencia borgoñona y española que encarnaba su hijo Felipe.

Como ya ocurriera con el *Saco de Roma* y su eco temible en los gobernantes europeos, Mühlberg había llenado de preocupación a los príncipes alemanes, incluso a aquellos que, como Mauricio de Sajonia, habían consolidado su poder gracias a las consecuencias de aquella batalla. El deslumbramiento de su éxito impidió a Carlos V siquiera alguna percepción de la capacidad renovada de respuesta en una Alemania muy sensibilizada con la presencia flamenca, y, desde luego, española, asociada esta última a un espectro de insolencia y altivez. La hinchazón ufana del libro de don Luis de Ávila sobre la guerra del Emperador contra la Liga Smalkalda había indignado a los nobles alemanes¹, y en el Concilio de Trento, reanudado el primero de mayo de 1551, muy pronto se haría evidente el rechazo radical hacia los teólogos españoles, a los que se acusaba de soberbia prepotencia o de ser sencillamente insoportables, como expresó el representante de Maguncia en su retirada: se marchaba porque no podía aguantar a los españoles, «que siempre quieren sobresalir y estar por encima de los demás»². La propaganda protestante lo venía proclamando desde 1546: «Ningún flamenco debe

¹ Cfr. BRANDI, K., *Carlos V. Vida y fortuna de una personalidad y de un imperio mundial*, México, 1993, p. 470.

² ASV, *Carte Farnesiane*, vol. 16, cardenal Di Fano a cardenal Di Monte, Innsbruck, 5 de enero de 1552, fol. 301v. Debo la traducción castellana de estas cartas italianas a la amistosa generosidad de Maximiliano Barrio, así como mi agradecimiento a Carlos Javier de Carlos Morales, que me las proporcionó.



Carlos V. Xilografía según una composición de Lucas Cranach.
Biblioteca Nacional. Madrid.

governarnos, pero tampoco ningún español», idea compartida también por los no protestantes³. Una amplia base en la que Mauricio hizo elevarse como fundamental la liberación del landgrave de Hesse, símbolo al fin de servidumbre y sometimiento de una Alemania que buscaba el desquite de Mühlberg. En los mismos campos donde sucumbió el ejército de Juan Federico, en la campaña de Lochau, los príncipes alemanes

³ Cfr. BRAUDEL, F., *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, 1987, II, p. 351.

iniciaron la alianza con la única potencia que podía derribar al Emperador, la Francia de Enrique II, también él muy necesitado de su propia revancha personal frente a Carlos V, una vieja herida del *Tratado de Madrid* nunca cicatrizada. El acuerdo se elevó a tratado, ratificado en Chambord el 15 de enero de 1552. Buscaba aislar al Emperador cortándole los caminos con los Países Bajos y no se renunciaba a su propia captura ⁴. «Un gran incendio general», en palabras de Braudel, que alcanzó a casi toda Europa. A Hungría, acometida de nuevo por los turcos, apenas contenidos por Fernando, que tardará largos meses en recibir la ayuda de los príncipes, encabezados por Mauricio de Sajonia. A las fronteras de Francia con los Países Bajos, donde menudean las escaramuzas. A Italia, que también se inflama en el Piamonte y en Siena, que se desprende de los imperiales y no volverá a ser recuperada para el Imperio y Cosme de Médicis hasta 1555, mientras en el sur la flota turca llega a Mesina y bate en agosto a la escuadra de Andrea Doria.

La sucesión imperial

Pero en «este año tan sinuoso» ⁵, Carlos tiene abierto y enconado un frente añadido, íntimo, debelador: la sucesión del Imperio. La cuestión de la herencia entre las dos ramas de los Habsburgo, entre Carlos y Fernando, se había originado en el reparto de 1520-1521. Asumiendo su evidente inferioridad, Fernando recibió entonces siete ducados austriacos que en modo alguno aceptó como partición definitiva. Carlos hubo de ir compensando a lo largo de los años esa desigualdad, ayudando a su hermano a conseguir los tronos de Bohemia y Hungría después de la muerte de Luis II, pero lejos de constituir una compensación satisfactoria, estos territorios fueron una pesada carga para Fernando, empeñado en una persistente guerra contra el Turco. Una probable sensación de mala conciencia, combinada con la necesidad de afirmar la autoridad de su hermano en el Imperio durante sus largas ausencias, llevó a Carlos a conseguir para Fernando la elección de rey de romanos en 1531 ⁶, lo que, lógicamente, aumentó las expectativas de los Habsburgos de Viena a la sucesión imperial en el futuro. Pero la dualidad de Carlos, detectable en algunas actitudes fundamentales de su vida, fue en este caso explícita hasta el final de sus días, como muestra el que abandonara el título imperial sólo unos meses antes de su muerte.

El germen que envenenó de raíz las relaciones de las dos ramas habsburguesas apareció, sin embargo, en 1548, cuando Carlos V decidió desgajar del Imperio a los Países Bajos, asestando un golpe frontal a las aspiraciones de Maximiliano, que esperaba

⁴ «Además queremos avanzar contra la persona del emperador», así decían. Citado por BRANDI, K., *op. cit.*, p. 473.

⁵ BRAUDEL, F., *op. cit.*, p. 368.

⁶ Cfr. RODRIGUEZ SALGADO, M. J., *Un imperio en transición. Carlos V, Felipe II y su mundo*, Barcelona, 1992, p. 65.



María de Hungría. Escuela de Tiziano.
Museo de Artes Decorativas. París.

la entrega de esos territorios y su gobierno después de su casamiento con María, hija del Emperador. Carlos destapaba así una carta clara en el propósito trazado para la herencia de su hijo Felipe, provocando el malestar profundo de su hermano Fernando y la irritación violenta de su sobrino Maximiliano, que pronto vería en la causa protestante una tentación para su personal venganza frente a su tío, el Emperador. No la consumó explícitamente, pero la ambigüedad de su comportamiento profundizó todavía más el tajo que se había abierto entre las dos familias. A la altura de 1550, Carlos dio una vuelta de tuerca a la sumisión de su hermano Fernando. Le convocó evitando la presencia de Maximiliano, a la sazón en España, para deliberar en torno a la sucesión del Imperio, es decir, para que renunciara al mismo en favor de Felipe⁷. Fernando se ofendió gravemente y los dos hermanos llegaron a retirarse la palabra. La tensión fue encrespada y bronca: «Puedo aseguraros que estoy a punto de estallar»⁸, escribía Carlos a su hermana María a finales de 1550, cuando las desavenencias familiares eran ya motivo de seguimiento público. Pero la labor de zapa llevada a cabo por María de Hungría, siempre parcial de su hermano Carlos, y la propia terquedad de éste consiguieron la capitulación de Fernando en el convenio familiar de Augsburgo de marzo de 1551: Fernando sería el sucesor del título imperial, mientras Felipe, investido como rey de romanos, le sucedería a su vez en el Imperio; Maximiliano por su parte, sucedería a Felipe. El acuerdo echaba aceite a las llamas de Alemania, cuyo recelo hacia el Emperador se transformaba

⁷ *Ibid.*, pp. 68 y ss.

⁸ Citado por BRAUDEL, F., *op. cit.*, p. 354.

con estos acuerdos en una verdadera amenaza, privando a los príncipes electores de una competencia que veían convertida en hereditaria y que además apuntaba a la parte más odiada: la que representaba Felipe, la insolencia y sojuzgamiento hispánicos.

Un hombre avejentado y enfermo

En 1551, cuando se establece la alianza entre los príncipes alemanes y Enrique II, Carlos es un hombre avejentado, maltrecho⁹. Al menos desde el año cuarenta y siete, ha venido sufriendo una idea obsesiva de la cercanía de la muerte, «de aquella mórbida *meditatio mortis* que inspira y dicta sus numerosos testamentos», dice Braudel¹⁰. El último lo había rubricado recientemente en Bruselas, el 19 de mayo de 1550, convencido de la sucesión al Imperio de su hijo Felipe. Toda la presión de los negocios políticos de sus numerosos estados recae de lleno en un hombre sobre todo enfermo, al que en las cancillerías se le augura muy corta vida:

El emperador se encuentra en edad de cincuenta y un años, mal dispuesto de cuerpo, por la gota que todo el invierno y alguna vez en otro tiempo le hace padecer horriblemente; y los médicos dicen que habiendo comenzado a subirle hasta la cabeza, es peligrosísimo el que le haga morir casi de repente. Padece muchas veces de asma; y se dice también que se resiente un poco del mal francés, de modo que si no fuesen los alimentos y grandes dietas, y el tomar el agua de madera que usa con tantas medicinas, a esta hora habría muerto, y todos le pronostican breve vida¹¹.

La tensión existencial del Emperador a lo largo de los años cincuenta no puede valorarse con precisión si no tratamos de acercarnos, forzando nuestras posibilidades, al espíritu y al cuerpo de ese hombre enfermo y a su resistencia portentosa. La gota, por ejemplo, venía torturándole desde muy temprano, desde el año veintiocho en que sufrió su primer ataque camino de Valladolid. De la sífilis tenemos muchas menos noticias, pero son suficientes para saber que el mal francés madrugó también en el cuerpo del Emperador, al menos desde los primeros años treinta¹². Con el asma, las hemorroides y una muy probable diabetes, el ritmo frenético de una vida viajera le ha ido minando al Emperador todo su cuerpo hasta la postración. En los años que principian la década

⁹ «Además, este hombre de cuarenta y siete años, ¿no era ya un anciano? En esta época, cualquier soldado que haya vivido la dura vida del campamento y el campo de batalla llega maltrecho a la cincuentena», *op. cit.*, p. 352.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ «Relación de Marino Cavalli, regresado embajador de Carlos V en el año 1551», en GARCÍA MERCADAL, J., *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, II, Junta de Castilla y León, Salamanca, 1999, p. 221.

¹² En la nota 175 del libro de BRATLI, C., *Felipe II, Rey de España. Estudio sobre su vida y su carácter*, Madrid, 1927. puede leerse: «Por este tiempo corría el rumor de que el mismo Carlos V estaba atacado de esta plaga de la época. Esto explica que el célebre humanista Pedro Bunel (1499-1549) escribiese en una carta del 2 de los Idus de junio de 1532: *Imperator (ut nonnulli confirmant) ex morbo Gallico laborat.*»



Carlos V a los cincuenta años, según la pintura del Rijksmuseum. Amsterdam.

de los cincuenta se evidencia con claridad un Carlos V afligido, con secuelas melancólicas que anuncian ya la profunda depresión de Bruselas en el año cincuenta y tres o las angustias de Yuste, un ciclo de empecinado retorno que se alimenta de manera psicósomática, una espiral que se eleva espectacular y se abate con estruendo una y otra vez en medio de la turbulencia de los acontecimientos.

Este Carlos V que acelera la sucesión de su hijo un tanto obsesionado por la idea de la muerte, que corresponde a la ansiedad de Felipe en pos del Imperio urdiendo la forma de imponerse a su hermano Fernando, es un hombre «que se pasa días enteros sin moverse de sus habitaciones, ceñudo y malhumorado, con una mano paralizada y la pierna inmóvil, negándose a recibir a nadie y entreteniéndose en armar y desarmar relojes»¹³. La gota, en efecto, le paraliza, aparta y malhumora. A finales del año cincuenta y uno lo vemos preso de uno de esos ataques totales:

Hoy es el quinto día desde que el César se encuentra en la cama afligido por la artritis, aunque sin mayor virulencia. Se le junta también a menudo una pequeña fiebre

¹³ Citado por BRAUDEL, *op. cit.*, p. 352.

como compañera de la artritis en este juego, y con más insistencia que una hermana gemela. Le recorre aquélla una a una las articulaciones de casi todo el cuerpo y a todas las ha apresado ahora con extremada tensión ¹⁴.

Pero a lo largo de todo el año sus altibajos en la salud han sido constantes y en el futuro los achaques se acentuarán. Él mismo no es ajeno a la persistencia y aumento de sus enfermedades. Su conocida terquedad le lleva a medicarse a sí mismo con frecuencia ¹⁵; su desprecio por los médicos hace que muchas veces ignore sus prescripciones y, sobre todo, su dieta ¹⁶, de modo que su vida diaria es un puro desgaste entre el acoso de una política intrincada y compleja de una cristiandad convulsa y un cuerpo que se derrumba. No es extraño que le cueste conciliar el sueño y que en el tiempo alargado del dolor recurra ya al consuelo de las lecturas bíblicas, con especial querencia por los *Salmos* de David ¹⁷, o al estoicismo de Séneca, al que va induciéndole poco a poco el culto Van Male ¹⁸. Este consuelo bíblico, con algunas pequeñas y muy localizadas incursiones en los clásicos antiguos —Polibio y Julio César— será uno de sus mayores estímulos hasta el mismo instante de su muerte. Constituye a partir de estos años una de sus preocupaciones y entretenimientos más frecuentados. En lo que se refiere a los *Salmos* de David, parece una verdadera obsesión deleitosa, un ejercicio piadoso que le reporta alivio y bienestar y que, sin duda, contribuye a su recuperación física y anímica, y a una verdadera euforia cuando su salud mejora ¹⁹. Hombre poco sesudo para los libros, poco dado a lucubraciones intelectuales, gusta, sin embargo, escuchar a quienes considera versados y sabios, pero para su propio uso prefiere la

¹⁴ Carta de Van Male a Luis de Flandes, señor De Praet, Innsbruck, 13 de diciembre de 1551, en *Lettres sur la vie intérieure de L'empereur Charles-Quint, écrites par Guillaume Van Male*, publicadas por el barón de Reiffenberg, Bruselas, 1843, p. 53. Debo la traducción castellana de estas cartas latinas a la amistosidad de Miguel Ángel González Manjarrés.

¹⁵ «Ayer se administró él mismo algunas píldoras y la cosa no le fue mal», Van Male al señor De Praet, Innsbruck, 7 de febrero de 1552, *op. cit.*, p. 5.

¹⁶ «El César, si Dios quiere, lucha ahora contra una disentería, pero como es él mismo el causante de su mal, en absoluto tengo compasión de él, por decírtelo sinceramente. Una nueva cruz se le añade con aquellas viejas y carniceras hemorroides, mal éste que también él mismo se encarga de excitar diariamente», Van Male al señor De Praet, Augsburgo, 21 de julio de 1552, *op. cit.*, p. 25.

¹⁷ «No tienes por qué admirarte, pues ya no pronuncio yo otra cosa que Davides, Gedeones y Sansones. Aquí derribamos cada día a los filisteos, a los jebuseos, a los maobitas y a los amoneos: preferiría, sin embargo, ser yo mismo el abatido agunas veces en la cama, pues estos combates son por la noche, cuando el César trata de conciliar el sueño con su lectura [...]. Te escribí hace un año, si bien recuerdo, que el César, cuando su salud no era buena, se complacía intensamente con lecturas sagradas, bien de los *Salmos* de David, bien de los libros bíblicos», Van Male al señor De Praet, Thionville, 11 de noviembre de 1552, *op. cit.*, pp. 29 y 30.

¹⁸ «Si bien recuerdo esto lo dice en las *Questiones naturales* ese tu querido filósofo cordobés, a cuya admiración, siguiendo tu ejemplo, poco a poco estoy arrastrando al César», Van Male al señor De Praet, Innsbruck, 31 de enero de 1552, *op. cit.*, p. 36.

¹⁹ «El César está muy bien de salud y, lo que es más, arde de pasión por el estudio de las letras. "Teologizamos" muy en serio sobre los *Salmos*, hasta el punto de que el espíritu de David parece enteramente resucitado en el César», Van Male al señor De Praet, Augsburgo, 5 de mayo de 1551, *op. cit.*, p. 44.

sencillez expositiva, despojada de paráfrasis y elaboradas exégesis. Quiere una edición de los *Salmos* de Titelman reducida a prontuario, pero ni siquiera puede garantizar el pago de la edición al impresor Juan Steelsio²⁰, tal es la penuria de sus arcas, causa pertinaz y más notoria del resquebrajamiento de sus planes y del imposible mantenimiento de estados tan alejados y tan dispares.

Mala salud, falta de dinero, una Corte errante que ahora se mueve en torno a la reanudación del Concilio, Corte donde no falta nunca un enjambre zumbón de capellanes y clérigos para atender la piedad del Emperador, sus dos misas diarias y sus vísperas y sermones en los días de fiesta, con ese solaz que siempre que puede busca en su capilla musical, una cuarentena de voces escogidas en todos los Países Bajos, «la más completa y excelente capilla de la cristiandad», dice Cavalli²¹. El Emperador se sacude como puede sus sufrimientos, pero no ceja en los asuntos de Estado, sobre los que delibera con obstinada lentitud, con cautela premeditada. A veces aplaza sus decisiones, como el correo²², para cerciorarse del acierto de sus respuestas. En su formulación hay un par de hombres muy cercanos a su voluntad y a sus decisiones: Eraso y Antonio Perrenot, obispo de Arrás, hijo del gran canciller Nicolás Perrenot, señor de Granvela. El futuro cardenal Granvela tuvo una considerable habilidad para reemplazar a su padre, muerto en Augsburgo un año antes (1550), en todos los terrenos. El éxito no fue ajeno a su colocación entre los fieles de María de Hungría, lo cierto es que en el año cincuenta y uno Carlos no puede prescindir de su consejo. En cuanto a Eraso, hombre bregado y astuto, se había convertido para el Emperador en uno de sus negociadores más capaces. Guillaume Van Male, quien probablemente tuvo entonces y en adelante hasta su misma muerte, mayor acceso a la intimidad de Carlos V, dejó el apunte escueto como una preciosa instantánea: «Eraso está con él [Carlos V] de continuo, pero a menudo se acerca el de Arrás; también Vargas aparece en escena

²⁰ «El César me mandó que diese unas cartas a Juan Steelsio, tipógrafo de Amberes, y le pidiese si estaba dispuesto a imprimir en sus prensas con su propio dinero un comentario parafrástico de Titelman a los *Salmos* de David, previa reducción de tan ingente volumen en un compendio más sucinto, de modo que pudiese circular en forma de prontuario, sin escolios y otras anotaciones, y pareciese que todo se hacía para la lectura de una escuela más que para una paráfrasis plena y desnuda. Me parece que la cosa sería fácil de hacer si a tan fecunda colmena se le castrase de alguna parte de su dulzor y su miel», Van Male al señor De Praet, Augsburgo, 12 de junio de 1551, *op. cit.*, p. 51.

Juan Steelsio debía conocer muy bien la pésima fama de pagador que tenía el Emperador, puesto que ni siquiera contestó a la petición de Van Male, como escribía este mismo al señor De Praet el 17 de febrero de 1552: «Juan Steelsio, de Amberes, a quien hace unos meses solicité que publicase con unas condiciones determinadas los comentarios parafrásticos de Titelman a los *Salmos* de David, tan insolentemente se ha portado con nosotros, que no se ha dignado respondernos en ningún momento. Ayer, mientras leíamos, me preguntó el César en qué había parado tal asunto. Yo, como no podía prometerle nada seguro, le dije que, a través de Humermont, preparaba unas cartas para tu ilustrísima señoría, a las que añadiría también cartas para Steelsio», *op. cit.*, p. 87.

²¹ «Relación de Marino Cavalli...», *op. cit.*, p. 220.

²² «Tendrá alguna vez dos días el correo suspendido para ver con sangre fría si la deliberación le resulta bien», *op. cit.*, p. 223.



Mauricio de Sajonia. Biblioteca Nacional. Madrid.

en no pocas ocasiones»²³. Reducido círculo de gentes que asistirán en posición privilegiada al hundimiento patético del Emperador, muy pronto originado en el año fatídico de 1552. El derrumbe afectó en la cristiandad sobre todo al Imperio, con una amenaza creciente sobre los Países Bajos y unas secuelas que envolvían necesariamente a toda Italia. Pero los efectos personales sobre el mismo Carlos V fueron devastadores, hasta el punto de que después de Metz jamás se recobraría, luego de aceptar su propia derrota interior, suavizada por el espejismo del matrimonio de su hijo Felipe con María Tudor, una ilusión pronto desvanecida.

Innsbruck

Carlos había permanecido casi de continuo en Augsburgo desde el verano de 1550²⁴ hasta bien entrado el otoño de 1551. A primeros de noviembre sale hacia Innsbruck con la intención de pasar el invierno cerca de la sede del Concilio, que había vuelto

²³ Carta de Van Male al señor De Praet, Innsbruck, 7 de febrero de 1552, en *Lettres sur la vie intérieure...*, *op. cit.*, p. 5.

²⁴ Cfr. FORONDA Y AGUILERA, M., *Estancias y viajes del Emperador Carlos V*, Madrid, 1914, pp. 619 y ss.

de Bolonia a Trento, después de la elección de Julio III. Su alejamiento de los Países Bajos, su verdadero baluarte, había facilitado la estrategia de Francia y los príncipes alemanes y dado alas a los planes de Mauricio de Sajonia, tortuoso personaje²⁵ que condujo el movimiento hasta la misma humillación de Carlos V, como si hubiese querido encarnar la venganza de Alemania.

Hasta toparse con la evidencia, Carlos no creyó nunca en la traición de Mauricio. No fue suficiente la insistencia de su hermana María, ni los avisos de su hermano Fernando. Carlos permanecía en Innsbruck con una tranquilidad que asentaba en su desprecio. Desprecio a los príncipes y a los franceses, cuya abstracción le perseguía como una obsesión²⁶, ahora concretada en el joven Enrique II, a quien trata con la indiferencia del más profundo desdén. No le considera a la altura de su padre, Francisco I, ni cree por asomo que su capacidad le permita cierto decoro en una guerra de verdadero prestigio. Su terquedad le ofusca. Es muy probable que tenga el convencimiento de conjurar la amenaza con unas negociaciones bien dirigidas, capaces de imponer a su hijo como coadjutor del Imperio²⁷. Pero este asunto es, justamente, el que ahonda en estos momentos la inhibición de Fernando, su ambiguo desentendimiento ante lo que se cierne. Un conflicto que se extiende en forma de tumultos por Alemania²⁸, sembrando la ruina y la inquietud entre los todavía fieles al Imperio, medrosos y ya convencidos de la falta de crédito del Emperador, su penuria sempiterna, y, por tanto, su incapacidad inmediata de frenar con éxito la ofensiva²⁹.

De los ardorosos debates del Concilio tampoco le llegan a Carlos agradables ecos³⁰ y las negociaciones con Mauricio, ya felón a los ojos de Carlos V, se endurecen con

²⁵ «Pocos personajes tan turbios como este Mauricio de Sajonia, indiferente en materia de religión, realista y, según algunos, amorab», BRAUDEL, F., *op. cit.*, p. 368.

²⁶ «El César está terriblemente encolerizado con los franceses, como fácilmente se desprende de su conversación cotidiana», Van Male al señor De Praet, Augsburgo, 1 de febrero de 1551, en *Lettres sur la vie intérieure*, *op. cit.*, p. 23.

²⁷ «Algunos de esta corte (Viena) creen que el Emperador tenga pocas ganas de hacer la guerra y que está por aceptar toda negociación conducente a un acuerdo, y que S. M., a la vez que diseñará la paz en una Dieta, tratará de hacer efectiva la coadjutoría del Imperio en la persona del príncipe su hijo», Abad de Martinengo a cardenal Di Monte, Viena, 4 de febrero de 1552, en *Carte Farnesiane*, *op. cit.*, fol. 294v.

²⁸ «Me escriben de tumultos en Alemania, después del ataque de Magdeburgo y de los daños que producen en aquellas tierras circunvecinas por el amotinamiento de soldados», cardenal Di Fano a cardenal Di Monte, Innsbruck, 5 de enero de 1552, *op. cit.*, fol. 301r.

²⁹ «... pues es voz pública que si esto no se arregla, casi todos los príncipes del Imperio, uno por otro, acabarán en la nueva liga, porque dicen que no quieren esperar la última ruina, no teniendo por sí medios para defenderse, ni hallando el emperador dinero para ayudarse a sí mismo y a ellos, como no ha querido esperar el obispo de Herbiopoli, que para asegurarse ha tomado partido por ellos. Saben estos alemanes que el César está muy necesitado de dinero y dicen que no lo ha podido encontrar, si bien con sus joyas ha pedido a diversos príncipes del país, y entre ellos, al arzobispo de Salzburgo, siendo la primera petición de 100.000 florines, después 30.000 y últimamente 10.000, pero se le han denegado las tres partidas», abad de Martinengo a cardenal Di Monte, Linz, 19 de abril de 1552, *op. cit.*, fol. 304r.

³⁰ «Pero en cuanto a la religión, después que se ve que el Concilio, que se juzgaba iba a poner remedio de inmediato para componerla y estaurarla, no da el fruto esperado, se debe someter a la dieta imperial,

condiciones que al Emperador le parecen insultantes³¹. La tozuda realidad le ha ido rompiendo a Carlos su imaginada superioridad y, cuando en marzo de 1552 avisa a su hijo Felipe a través de Juan Manrique de Lara, la situación es muy comprometida. Carlos reclama entonces a Anton Fugger, que llega a Innsbruck el 3 de abril para negociar un elevado préstamo capaz de aliviar una emergencia crítica. Lo negocian por ambas partes sendos personajes curtidos: Eraso y Sebastián Kurtz³². Al final, un total de 400.000 ducados que hicieron preguntarse a Braudel sobre la apreciación salvadora de estos miles de ducados, que mucho antes había expresado Richard Ehrenberg: «¿Será verdad, como lo sostiene Richard Ehrenberg, que lo que salvó a Carlos V en junio de 1552 fueron los 400.000 ducados que le adelantó entonces Antón Fugger?»³³.

Si no es verdad del todo, no iba desencaminado. Los acontecimientos se habían acelerado al desplazarse el ejército francés hacia el Rin, tomando a su paso, a primeros de abril, las ciudades de Toul y Metz. Cuando Carlos reacciona, se halla en un grave aprieto. No puede permanecer en Ulm o Augsburgo sin riesgo de ser atrapado por las tropas de la alianza y los caminos del norte, hacia los Países Bajos, están interceptados. Y aun así, lo intenta. En la noche del 7 de abril sale a hurtadillas de Innsbruck en torno a las once de la noche, camino de Flandes, aunque sólo puede llegar a las cercanías de Fussen para volver de nuevo al día siguiente. El camino del sur, hacia Italia, está expedito, pero tomarlo sería interpretado como una huida, algo que mancharía su honor con la consiguiente merma irreparable de su reputación. La dirección de Viena por lo demás le dejaría a merced de su hermano, sin duda resentido de las maniobras de Carlos en la sucesión del Imperio y necesitado de las tropas de Mauricio para su frente contra el Turco en Hungría, un hombre dolorido de cuya lealtad en esos momentos

a la cual se deben remitir todos los agravios y pretensiones de los príncipes, no queriendo que se hable de la querrela que tiene con el Cristianísimo, cuyo nombre no acepta ni tiene en cuenta los presentes tratados, afirmando con vivas palabras que prefiere dejar antes la mayor parte de sus estados y reinos que disimular las injurias que contra toda razón le son hechas. De suerte que entre el enojo que muestra, principalmente contra Francia, y la pretensión de que los conjurados sean los primeros en dar el paso, mientras que estos piensan lo contrario, se ve difícil poder finalizar el negocio», abad de Martinengo a cardenal Di Monte, Linz, 29 de abril de 1552, *op. cit.*, fol. 303r.

³¹ «Mauricio resuelve que no puede ni quiere deponer las armas si primero no ve la liberación del Landgrave y que los asuntos del Imperio pasan por las manos de alemanes, estando permitidos a todos en conjunto y a cada uno de mandar y tomar dinero de donde le parezca, y que revocado el Interim sean tolerados en su religión hasta que por vía de Dieta o de otro convenio los Estados del Imperio conjuntamente deliberen qué clase de religión han de seguir hasta la celebración del Concilio general o nacional. Y habiendo dicho desde el principio que no podía concluirse sin participación del rey de Francia, también demanda que con honestas condiciones sea aceptado en el presente acuerdo, donde no queriendo entrar se haría después sin él», abad de Martinengo a cardenal Di monte, Linz, 23 de abril de 1552, *op. cit.*, fol. 314r.

³² «Ahora se trataba de ganarse a Anton para llegar a un acuerdo. Anton Fugger tenía en estos días a mano a Sebastian Kurz, que hablaba español y era bien visto por el emperador. Si Eraso era un negociador capaz, Kurz no le iba a la zaga», KELLENBENZ, H., *Los Fugger en España y Portugal hasta 1560*, Junta de Castilla y León, 2000, p. 125.

³³ BRAUDEL, F., *op. cit.*, pp. 368 y 369.

el Emperador no puede fiarse. Así que permanece en Innsbruck a la espera de las negociaciones de Linz con Mauricio, que fracasan. Luego los acontecimientos se precipitan. Tras la conquista del desfiladero de Ehrenberg por los coaligados que lidera Mauricio, el 19 de mayo, con una retirada de los restos de la guarnición hacia Innsbruck que produce el pánico en la corte de Carlos, éste decide huir con todo su séquito: «... partieron *incontinenti*..., caminaron toda la noche alumbrados por antorchas de paja y en litera»³⁴, atravesando el Tirol, camino de Lienz y de Villach, a donde llega el 31 con un ataque de gota.

La huida de Innsbruck suponía un quebranto rotundo de su reputación y la comezón de una amargura que ya no se extinguiría en el espíritu de Carlos. Hay un afán de revancha que le mueve con frenesí en adelante, convencido todavía de que puede devolver el golpe con la sola reunión de dinero y levadas suficientes para un poderoso ejército. Pero enjugar con urgencia su reputación, el más alto concepto de los valores de la época³⁵, suponía en esos momentos dejar desguarnecido el frente italiano, al que amenazaba un recrudecimiento de las actuaciones del Turco en el Mediterráneo, mérito en todo caso de Enrique II, que podía concentrarse en la guerra contra los Países Bajos. Por otra parte, Carlos no puede asestar la estocada profunda, que sin duda acaricia, a los príncipes alemanes, pues el desentendimiento de su hermano le priva de unas fuerzas preciosas que Fernando ha decidido trasladar al siempre acuciante frente de Hungría, contra el Turco. Y el ajuste negociado en Alemania es condición imprescindible para levantar un ejército que le devuelva su dignidad entre los príncipes y le permita marchar sobre los franceses. Así que manda al Señor de Balançon a negociar en Passau, a lo largo del mes de junio, las condiciones inflexibles que planteó en Linz, seguramente una expresión de tozudez y de orgullo malherido que no impiden, sin embargo, un acuerdo que ya prefigura claramente la Paz de Augsburgo (1555). Si el Emperador consigue horadar en Passau la alianza de Francia con los príncipes, no podrá impedir que el luteranismo asome ya como una ortodoxia religiosa imparable, que sólo espera su legitimación, una vez vencidas las irreductibles posiciones religiosas del Emperador, enrocado en un mundo que se derrumba a su alrededor. Detrás del luteranismo está la conciencia clara que une a los príncipes alemanes en su lucha por el poder, gravemente estorbado por un Emperador obcecado. Su lucha aspira a desplazarlo, y

³⁴ Citado por FORONDA Y AGUILERA, M., *op. cit.*, p. 631.

³⁵ Véase cómo le pondera este asunto de la reputación a Felipe II el obispo de Cuenca, precisamente animándole a que acuda en ayuda de su padre en estos momentos críticos para el Emperador; la reputación es algo que se gana o se pierde para siempre: «Lo primero es que Vuestra Alteza está en trance, según las cosas presentes, de ganar o perder reputación del valor de su persona para siempre; porque por ventura no se ofrecerá en la vida otro tiempo ni ocasión tan grande como agora para mostrar su valor y poder [...] porque si Vuestra Alteza quisiere entrar poderosamente por Francia, lo pudiese hazer y ganarse crédito y fama, para que todos los príncipes le temiesen, y hiziese afloxar al francés en lo de Italia, Flandes y Alemania», en *Corpus Documental de Carlos V, III*, ed. de M. Fernández Álvarez, Salamanca, 1977, pp. 459 y 460.

El honor y la reputación eran para Fernando de Austria «la schosse que plus tasche l'homme en ce monde», citado por RODRIGUEZ SALGADO, *op. cit.*, p. 49.

lo consigue. Pero el tiempo y las carencias materiales les han desgastado a todos y en Passau se insinúa ya una línea nítida de equilibrio de fuerzas que avisa a los contendientes de la imposibilidad de una victoria radical para ninguna parte. En adelante, las resistencias irán ablandándose ante la evidencia de la paridad irreversible y las guerras darán paso en Alemania a los teólogos, juristas y escribanos que articularán la Paz de Augsburgo con una fórmula que ratificará el triunfo de los príncipes sobre el Emperador: *cuius regio eius religio*, una divisa de apariencia religiosa que preserva su verdadero poder.

El fracaso de Metz

Pero en los días de Villach, en el verano entrante de 1552, Carlos ha ido perfilando el ejército enorme de su venganza. Le domina una obsesión que le impulsa a lavar rápidamente la afrenta sufrida, aunque para ello tenga que recurrir a una de las actividades para él más penosas y temidas: la consecución de dinero, una verdadera tortura en la vida entera de Carlos V, con secuelas en su deterioro personal no menores que las de la misma gota. Un esfuerzo portentoso y continuado en medio de la penuria y las haciendas esquilgadas de sus estados que Felipe Ruiz Martín ha descrito con acertada metáfora como su auténtico «calvario»³⁶. La envergadura del ejército que quiere levantar, para ponerse a su cabeza camino de Metz, implica la movilización de los resortes económicos y políticos de todos sus estados. Como casi siempre, Flandes y Castilla todavía admitirán un estrujamiento más en el paño reseco de su escasez. Pero en esta ocasión arranca dineros a Nápoles en una cantidad importante (200.000 ducados) y fuerza a Felipe y a su hermana María a rebañar numerario y a extremar los procedimientos intrincados de la amortización de préstamos y asientos, aunque en Castilla, por ejemplo, las rentas hipotecadas alcancen las correspondientes al año cincuenta y cinco³⁷. Las levadas no son menos dificultosas³⁸, pero Carlos «está resuelto a hacer cual-

³⁶ «Ése fue el calvario que recorrió a Carlos V con la cruz de su hegemonía, al carecer de asignaciones preestablecidas, institucionales, en las haciendas independientes e insolidarias de los estados territoriales autónomos que componían su Imperio. La precariedad fue su sino, aunque estrujase lo que se le pusiera a tiro, siempre improvisando y teniendo que derribar resistencias. No es sorprendente su cansancio y que la salud se le quebrantara; la abdicación y el retiro. Por penuria sus planes se frustraban cuando estaban en vísperas del éxito rotundo. Era desconcertante. Pero Carlos V aguantó hasta el agotamiento. En Yuste probablemente se reanimó al recordar y percatarse de que con medios insuficientes no había fracasado; por eso vuelve a apasionarse por lo que acaece en la Europa que él había consolidado, aunque escindida dogmáticamente en Reforma y Contrarreforma y rota la dinastía de los Habsburgo», RUIZ MARTÍN, F., *Los dineros de Carlos V*, artículo publicado por la Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000.

³⁷ «Allende desto, viendo la neçessidad que hay de socorrer a Vuestra Magestad para lo mucho que allá gasta, y el poco remedio que acá hay, por estar consumidas todas las consignaciones de rentas ordinarias y seruycio y maestradgos y yervas dellos y cruzadas y subsidios hasta fin de quinientos e cinquenta e quatro, y parte de quinientos y cinquenta y çinco, ya vuestra Magestad puede juzgar lo que sentiré dello, y también

quier esfuerzo por la rendición de Metz»³⁹, aunque las dudas acerca del resultado final estén fundadas y sean numerosas. En septiembre, cuando el facineroso Alberto Alcibíades campea haciendo estragos por Alemania a sueldo del rey francés, en un intento de distraer al ejército imperial camino de Metz, María de Hungría trata de disuadir con insistencia a su hermano para que desista de una empresa, cuyo fracaso presiente. Pero como ya expresaron los antiguos, los dioses ciegan a quienes quieren perder, y la ceguera del Emperador tiene por guía a un duque de Alba convencido de la victoria, pese a lo entrado de la estación. El uno y el otro coinciden en la necesidad de neutralizar las tropas del margrave Alberto y aun incorporarlas al ejército imperial; 15.000 hombres aguerridos en el pillaje que Carlos sumó a su ejército en noviembre, aduciendo su repugnancia por la alianza con tamaño criminal, pero justificándola con palabras que habría suscrito Maquiavelo: «... porque la necesidad no conoce ley»⁴⁰. Un inmenso ejército en torno a los 80.000 hombres se apostó frente a una ciudad de Metz que ha venido siendo fortificada con técnicas pioneras de modernidad por el duque de Guisa. Para Carlos, Metz es ahora más que nunca el símbolo de su herencia patrimonial, una ciudad episcopal de régimen aristocrático que pregona su pertenencia al Imperio en las águilas esculpidas y bordadas de sus blasones y escudos, pero está herméticamente defendida por 10.000 mercenarios tan curtidos como las tropas imperiales, que han impuesto la voluntad francesa de resistir también a cualquier precio⁴¹. Carlos es consciente de la dificultad de la empresa, del complicado abastecimiento de un ejército tan numeroso que comienza a sufrir las inclemencias de un otoño notablemente duro. Sopesa la posibilidad del fracaso y su verosimilitud le espanta, así que busca con fervor el consuelo de la *Biblia*, de los *Salmos*, como si el amparo divino estuviera en esos momentos dilu-

de no tener con qué cumplir los gastos ordinarios y forzosos destes Reynos deste año y los venideros», Felipe II a Carlos V, Monzón, 7 de octubre de 1552, en *Corpus Documental...*, *op. cit.*, p. 503.

³⁸ «Y habrá en todas a lo que se crece hasta 4.000 o 4.500 hombres porque es tanta la dificultad con que se haze la gente, que ningún capitán ha podido henchir el número de su conducta», *ibid.*, p. 500.

³⁹ «... afirmándose por algunos que S. M. Cesárea está resuelto a hacer cualquier esfuerzo por la rendición de Metz, y que su ejército se mantiene bien dispuesto y alegre con la esperanza de que los soldados se puedan enriquecer si se toma por la fuerza un lugar lleno de personajes, soldados y abastecimientos. Los sucesos clarificarán lo que habrá de ser, porque la mayor parte de las personas están dudosas del éxito de la empresa», Fiesole a cardenal Di Monte, Spira, 4 de noviembre de 1552, en *Carte Farnesiane*, *op. cit.*, fol. 343v.

⁴⁰ «Dios sabe cómo estaba mi ánimo cuando me vi obligado a acceder a este trato con el margrave, pero la necesidad no conoce ley», citado por BRANDI, K., *op. cit.*, p. 485.

⁴¹ «... Mons. Guisa hizo un parlamento persuadiendo a aquel pueblo [Metz] para que corriera aquella fortuna de guardar y defender tal lugar por el servicio del rey, a lo que todos se mostraron prontos y preparados. Algunos quizá por buena voluntad y otros por miedo, al no poder hacer otra cosa que los soldados pagados, que son los dueños de Metz, y son en número de cerca de 10.000 infantes o más, con algún número de buena caballería y muchos gertilhombres...», Fiesole a cardenal Di Monte, Spira, 4 de noviembre de 1552, en *Carte Farnesiane*, *op. cit.*, fol. 343r.

cidando su destino ⁴². Su salud conoce en los días del asedio altibajos radicales, desde la ostensible postración a que le somete la gota, hasta la evidente recuperación. Hay un momento, a finales de noviembre, en que Metz parece una presa al alcance de la mano y muchos muestran la esperanza de su rico botín, algunos, como Van Male, con la particularidad asombrosa que sólo puede deparar un bibliófilo ⁴³. Sin embargo, la dificultad del asalto se impuso, como el estrago del tifus en las filas de los imperiales, tropas numerosísimas, cuyo mantenimiento y soldada agotaban todas las arcas imaginables. Pero si las soldadas eran onerosas, su falta era temible, y en el campamento de Metz, a mediados de diciembre, Carlos se afana en reunir el dinero suficiente que evite cualquier asomo de motín, en un esfuerzo final que recompensaría con creces el despojo y el botín de la toma de la ciudad ⁴⁴. La tozuda realidad, sin embargo, doblegó la terquedad del Emperador, rendido ante la evidencia, y en la misma Navidad los rumores del levantamiento del sitio ocupaban las conversaciones, el objetivo se daba por imposible: «En efecto, nos harían falta soldados alados y ungidos, que pudieran superar las murallas y las municiones enemigas», escribía Van Male en la Nochebuena de 1552 ⁴⁵.

Cuando se levanta el sitio el día de Año Nuevo de 1553, Carlos ofrece un aspecto físico saludable, camino de Thionville. Su animosa y atenta conversación parecen convencer a Van Male de que los últimos acontecimientos no sólo no han empeorado su salud, sino que le «han aumentado más las fuerzas del cuerpo» ⁴⁶. Y, sin embargo, está al borde del colapso. Es como una huida hacia adelante, eufórica e inconsciente, que contiene callado su propio desmoronamiento. En el camino de Bruselas el Emperador se desploma física y anímicamente. Hay un testimonio explícito del alcance de

⁴² «Escucha con gran avidez las lecturas de la *Biblia* y con gran fervor de espíritu los *Salmos*, las paráfrasis y todos los escritos sacros», Van Male al señor De Praet, Metz, 23 de noviembre de 1552, en *Lettres sur la vie intérieure*, *op. cit.*, p. 76.

⁴³ «El César tiene una salud óptima y excelente. La noche de ayer han sido dispuestas dieciséis de nuestras máquinas de guerra en el terraplén más próximo a la ciudad. Se han hecho avanzar nuestras fosas casi hasta las mismas murallas. Ya no falta nada. Creo que antes de dos días se verán agitados en el mar. Nuestros soldados están muy preparados. Hay grandes esperanzas de conseguir un buen botín. Yo he pactado ya con algunos veteranos españoles que dejen para mí la parte del botín que se refiere a los libros», *ibid.*, p. 77.

⁴⁴ «... embié los días pasados mi poder cumplido a la serenísima reyna María, mi hermana, para que tomase a cambio 600.000 ducados [...] y, con su acostumbrada industria, los ha hauydo y embiado, con lo qual se ha entretenido este campo hasta agora, que ha sido de mucha importancia y causa que no subcediese algún gran inconyuntiente, hallando presente mi persona y estando sitiada esta tierra en tal tiempo, que es menester tener contenta y satisfecha la gente. Y por este mismo respeto y conosçimiento que sería doblado el daño sino houyese con qué poder entretenir el campo hasta despedirle, que con ayuda de Dios no se podrá dilatar, porque sin fruto y necesidad ganarian el sueldo y harian desórdenes no sólo en las tierras del Imperio, pero en las mías propias...», Carlos V a Felipe II, Metz, 11 de diciembre de 1552, en *Corpus Documental*, *op. cit.*, p. 524.

⁴⁵ Van Male al señor De Praet, 24 de diciembre de 1552, en *Lettres sur la vie intérieure...*, *op. cit.*, p. 86.

⁴⁶ Van Male al señor De Praet, Thionville, 2 de enero de 1553, *op. cit.*, p. 80.

este derrumbe que ya nunca podrá reparar del todo el propio interesado. En Luxemburgo, a finales de enero de 1553, le visitó el embajador Morrison, quedó impresionado: «Le he visto muchas veces en pésimo estado, pero jamás como ahora, tan cerca de la muerte. Si, como se propone, parte mañana para Bruselas, milagro será que llegue con vida»⁴⁷.

El fracaso de Metz es un punto de no retorno para el Emperador. Si es verdad que en muchos momentos críticos de su existencia supo sobreponerse y recuperar todo su entusiasmo, si lo consiguió después de huir de Innsbruck, fue, seguramente, porque mantenía el firme convencimiento de un resarcimiento sobrado en Metz, capaz de sacudirse toda la presión y el daño que en esos momentos recibía del rey francés. El revés sufrido en Metz, sin embargo, le dejó sumido en la nada, con un abatimiento psicossomático generalizado y un ambiente radicalmente hostil en todos los frentes de sus estados, con un agravamiento descomunal de sus deudas económicas y ofensivas cada vez más osadas y frecuentes de los turcos y berberiscos en todo el Mediterráneo, incluida España. En el orden más íntimo y personal, Metz es para Carlos V la verdadera puerta de su retiro, del que hablaba como solución alternativa a tanta adversidad en los momentos de mayor desánimo del asedio de esa ciudad. Pero fue, sobre todo, un choque profundo que le encaró consigo mismo frente a su propio abismo existencial, donde el componente determinante de piedad religiosa se convirtió para él en una causa de dolor y consuelo a la vez. Se sentía desamparado, injustamente abandonado por el mismo Dios, a cuya causa había dedicado su vida hasta la extenuación que ahora arrasaba. Seguramente, el factor más importante de la descomposición de su mundo y su persona fuera el triunfo del luteranismo como fe irreversible que anulaba el esfuerzo de toda su vida y, en definitiva, que hacía inútil el sentido de su existencia. Y el luteranismo estaba esperando ahí mismo su propio placet, el de su persona imperial, para ser ratificado como ortodoxia cismática triunfante en un Imperio cuya sucesión parecía huir de sus propios designios y de las expectativas de su hijo, francamente excitado por la falta de concreción de una herencia sometida todavía a serios interrogantes. Ahora, en el camino de Bruselas, hay un parón brusco que derriba al Emperador como a un pelele y le sume en el peor de los infiernos: el suyo propio.

El hundimiento del Emperador⁴⁸

Hasta el 6 de febrero de 1553, Carlos no consigue llegar a Bruselas, retenido por agudos ataques e indisposiciones de salud. Allí permanecería durante todo el año y

⁴⁷ Citado por CARANDE, R., *Carlos V y sus banqueros*, Barcelona, 1987, II, p. 133.

⁴⁸ Uso este título rotundo y preciso a sabiendas de que es el mismo con que RODRÍGUEZ SALGADO, M., trata en su libro *Un imperio en transición...*, *op. cit.*, pp. 177 y ss., el epígrafe de este apartado. Estoy seguro de que esta sisa me será benévolamente perdonada por la autora de tan excelente libro.

la mitad del siguiente, con excepción de algunos pequeños desplazamientos en septiembre⁴⁹. En Bruselas se oculta abrumado, deshecho. Desencadena un proceso de incomunicación que inicia el camino gradual y constante de su propia retirada del poder. La progresión alarmante de sus enfermedades se produce junto a una profunda depresión, cuyo debilitamiento mental le conduce al desvarío, observado por muy pocos testigos con verdadero escándalo. No sería ajena a su ansiedad la meditación de la muerte ni el obsesivo pensamiento de la transcendencia escatológica de su alma, una constante hasta su final en Yuste. Pero lo que le preocupa al mundo exterior, que inquiere sobre el ocultamiento del Emperador, es conocer el alcance de su estado, acerca del cual se difunden por los Países Bajos y las cancillerías europeas los rumores más disparatados sobre su muerte o su locura. María de Hungría ha llenado el vacío de poder dejado por su hermano y establecido un cerco estricto en torno a la persona del Emperador, roto, sin embargo, por inevitables filtraciones en una Corte que es escudriñada por el mundo entero. Felipe se mantiene en España en una expectativa activa, inquieto. Conoce la situación de su padre gracias a la información que le cifran desde Bruselas tres personajes fundamentales: Nicolás Nicolay, consejero y recaudador general de Brabante, Francisco Duarte, su confidente, y el mismo Eraso, a «quien consumía el terror de ser descubierto, pero sus cartas eran manejadas en el mayor de los secretos por Felipe, Ruy Gómez y Juan Vázquez y no pocas veces merecían la respuesta hológrafa del príncipe»⁵⁰.

El informe de Duarte

Conocemos con cierto detalle lo que pudo ser el drama de Carlos V en Bruselas, gracias al informe que Francisco Duarte presentó a Felipe II a su vuelta a Valladolid en septiembre de 1553. En él le exponía al Príncipe lo que ni siquiera cifrado había convenido escribirle desde Bruselas:

... y viéndose visto por V. A. la carta larga en cifra que Nicolás Nicolay, del su Consejo y su Receptor General del estado de Brauante escriuió conmigo a Gonçalo Pérez, queda agora que referir lo que me dixo y comunicó de palabra como a criado fiel de V. A. y no osando alargarse en escripto a tanto⁵¹

Duarte iniciaba su informe con una apreciación esencial y directa: «Lo primero es que según la opinión de los médicos, su Magestad diz que tiene muy corta la vida a causa de las grandes diversidades de enfermedades que le atormentan y afligen». Se refiere y comenta brevemente tres: la gota, el catarro y las hemorroides. La gota

⁴⁹ Cfr. FORONDA Y AGUILERA, M., *op. cit.*, pp. 639 y ss.

⁵⁰ RODRÍGUEZ SALGADO, M. J., *op. cit.*, pp. 117 y 118.

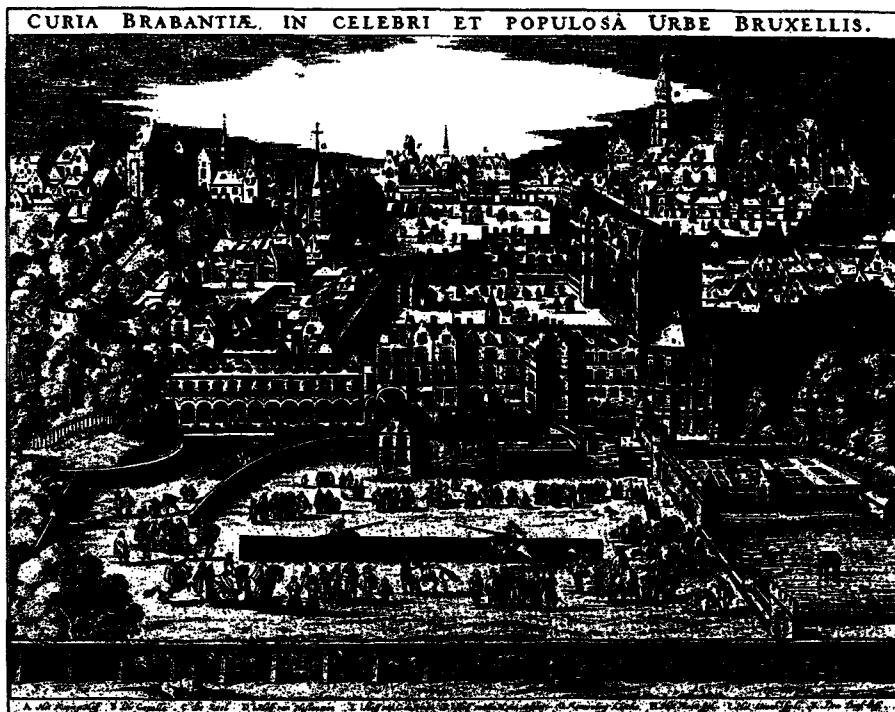
⁵¹ AGS, E, 98, fols. 274 y 275. En adelante, lo entrecorrellado lo tomo de estos folios.

encuentra un excelente aliado en el tiempo invernal de Bruselas, «le maltrata y corre a menudo por todos los miembros y junturas y nervios de su cuerpo hasta dalle en la nuca ques lo último». El catarro le congestiona hasta el colapso («le llega a veces a los postreros términos») y le impide hablar, apenas una vocecilla que no entienden los presentes en su cámara. Las hemorroides se le hinchan de tal manera que le atormentan con dolores que le producen lágrimas. Estas enfermedades, «juntadas con las pasiones del espíritu», le han llenado de melancolía. Ha desaparecido de su trato su afabilidad y amable acogida, que ha transformado en actitudes ariscas y desabridas. «Aborresce los negocios generales y particulares de todos sus Reinos». Tanto que sus secretarios y consejeros no se atreven siquiera a dirigirle la palabra. Granvela intentó con alguna insistencia su audiencia y fue rechazado de plano ⁵² y los embajadores ingleses y el mismo cardenal legado del Papa tuvieron que esperar largas semanas, para al fin ser recibidos por brevisimo tiempo con algunas palabras banales, sin entrar nunca en negocios de importancia. Hay una excepción significativa, Francisco de Eraso: «... sólo Francisco de Eraso le dize y acuerda las cosas tocantes a la guerra y ejército y especialmente lo que toca a la provisión del dinero quando ay falta, que suele ser la mayor parte del tiempo».

En la casa donde se ha refugiado en el parque del palacio de Bruselas se suceden los días, a veces con una densidad insoportable. El sufrimiento del Emperador es extremo, patético: «... y se le a todo conuertido en tanto humor malencónico que siempre diz que está pensatiuo y muchas vezes y ratos llorando tan de ueras y con tanto derramamiento de lágrimas como sy fuere una criatura». Deambula ensimismado. A veces se le ve con un astrolabio en las manos, con alguno de los relojes de su amplia colección («que son hartos»). Las noches suceden a los días sin ninguna garantía de tregua para los ayudas de cámara, seguramente atónitos de tanta impenetrable tristeza y desvarío: «... y de noche, como él no puede dormir quando quiere, hazía leuantar muy a menudo a los ayuda de su cámara y a otros y encienden velas y hachas para desbaratar y tornar a concertar los dichos relojes». Un ambiente y unos impulsos que prefiguran al Carlos de Yuste, aquí en Bruselas sin duda más deprimido y alienado y con medios suficientes para ordenar en las noches en vela que le impriman los *Salmos* de David y *El Caballero determinado* ⁵³, esa obsesión de su esencia borgoñona que le acompañará también hasta la muerte. Unos meses de tinieblas, cuyos detalles más mínimos y desquiciantes quizás jamás conozcamos y que siempre estimularán nuestra imaginación: «... y otras muchas particularidades y flaquezas que no son para escriuirse», escribió Duarte.

⁵² «Li giorni passati, essendo andato monsignore d'Arras alla casetta ove sta L'Imperatore, Sua Mta lo mandò via, dicendo monsignor non vi dovesse ritornare se non lo mandava à chiamar», citado por RODRÍGUEZ SALGADO, M. J., *op. cit.*, p. 120, según el informe del veneciano Damula.

⁵³ «... y muchos días se a ocupado y ocupa en leer y oír los *Salmos* de David y las espusiciones dellos y en fazerlos ymprimir de nuevo en cierta manera, de lo qual es maestro Estrella, criado de V A., por cuya mano pasa y se haze la ympresión. Creo que a dado o dará más particular aviso a Gonzalo Pérez, así como hizo ymprimir por mandato de su Magestad el libro del Caballero determinado y las otras menudencias que se saben y dizen destas cosas que por no ser de momento no las digo», AGS, E, 98, fol. 275.



Palacio de Coudenberg, según el grabado de Jan van de Velde, de mediados del siglo XVII. Bruselas.

El veneno de la sucesión

Pero si el estado del Emperador es particularmente crítico, no es menos la situación que su radical encerramiento depara. Carlos ni siquiera soporta la presencia o la conversación de su hermana María, que trata de controlar una situación que se desborda y donde los rumores cunden con fuerza, alimentando conatos de rebelión, pues «entre los flamencos y jente de aquellos estados y otros extranjeros corrya fama que su Magestad era fallecido y lo tenían encubierto». Duarte detalla a Felipe las dos grandes tendencias que se apuntan en los círculos cortesanos como alternativa al gobierno de los Países Bajos: el rey de Francia o la corte de Viena, simbolizada ya por el heredero Maximiliano, muy activo en todos los frentes en defensa de sus derechos, que no son otros que los que en estos momentos ve peligrar para si mismo el principe Felipe. Duarte, sin embargo, no le ahorra el meollo de la cuestión:

... y en la última dieta que tuvieron los Reyes de Romanos y Bohemia y el duque Mauricio y el de Bauiera y los otros principales que V. A. deve tener bien entendido se declararon sus voluntades y se conjuraron para no dexar ni consentir que en ningún tiempo pueda entrar príncipe extranjero ninguno en el ymperio y prometiendo de ayudar al Rey Maximiliano a cobrar los señoríos de Flandes y baja Alemania, porque diz que la partición que su Magestad hizo tomándolos para sy, juntamente con Borgoña y dando al Rey, su hermano, el archiducado de Austria y condado de Tirol y los otros estados, dicen y pretenden que no fue buena ny justa partición, porque los vnos estauan y están pacíficos y ricos y poderosos, y los que su Magestad dio a su hermano estauan empeñados y cargados de deudas y con los enemigos turcos a la puerta, con quien siempre an tenido guerra y hecho gastos ecesiuos para sostenellos⁵⁴.

Tampoco le omite la verdadera opinión que se tiene sobre su persona y la animadversión que suscita. Se le critica duramente su melancólica condición y su desagradable hermetismo («y no conuersable»), su adustez, su ignorancia en materia de lenguas. Se dice que desconoce el latín, el flamenco, el francés, «que son sus lenguas naturales, a lo menos la francesa, que ellos estiman en mucho por ser lengua vniuersal a todos aquellos estados». Se contrapone su figura a la de Maximiliano, verdadero antagonista, jovial, alegre, afable en todo. Su liberalidad es tan grande como su calidad de políglota: «y que habla seis o siete lenguajes muy perfetamente con que oye y despacha los negocios y negociantes». Un temible rival para un inquieto Felipe, de quien en Flandes se dice que «es un príncipe que quiere ser adorado y a quien jamás an de conocer sus vasallos de aquellos estados».

La conclusión es deducible: Felipe debe apresurar su marcha a los Países Bajos si quiere conservarlos. Su tía María, de quien le separa casi todo como de un mundo distinto, no es ninguna garantía para sus intereses; en todo caso una sombra. Y el viejo Emperador, su padre, incluso en la adversidad más peligrosa para su vida y estados, no parece dispuesto a cederle el poder, aunque estimule su venida para que se dé a conocer. Pero el azar se cuele de súbito en este drama, llevándose al rey de Inglaterra a la huesa y dejando a María Tudor un camino abierto hacia el ascenso al trono. Sus primeros pasos hacia la corona son como aldabonazos que resuenan en el letargo tenebroso de Carlos, que parece despertar todavía turbado, pero con una consciente euforia catalizada cuando le comunican la muerte en combate de Mauricio de Sajonia, el 11 de julio de 1553. Una ocasión óptima para consumir la alianza inglesa, poniendo a su hijo en la mejor de las condiciones para una sucesión en la que ya no cuenta tanto el Imperio⁵⁵ como la ilusión de un estado que uniera a los Países Bajos con Inglaterra,

⁵⁴ AGS, E, 98, fol. 274.

⁵⁵ «... más como el término del cumplimiento desto está puesto para cuando seáis elegido [rey de romanos], y es cosa de que hay al presente poca esprança, entretanto que lo de acá está tan alterado como agora, además de que no aclarándose no me determinaría en aconsejaros aceptádeses el Imperio aunque se os diese...», Carlos V a Felipe II, Bruselas, 2 de abril de 1553, en *Corpus Documental*, op. cit., III, p. 583.

heredado por los hijos de Felipe y María Tudor. Otro sueño frustrado, pero que ahora rescataba al Emperador.

La última batalla

En la negociación del matrimonio inglés del príncipe Felipe no faltaron obstáculos. Uno de los más desagradables para la intimidad de Carlos fue, seguramente, el intento de casamiento que urdió su hermano Fernando entre María Tudor y su hijo homónimo. La tentativa fracasó dejando su estigma en el ya baqueteado espíritu del Emperador, más sagaz y mejor casamentero que su hermano, y en estos meses de nuevo encandilado. Muerto Mauricio, este prodigio que venía de Inglaterra dejaba más solo a Enrique II, ahíto del síndrome que ahogaba a su padre, Francisco I; la obsesión de una Francia cercada, sobre la que ahora, una vez más, lanza Carlos su venganza, sin duda avivada por el recuerdo de Metz. El saco y arrasamiento de Théroouanne por los imperiales supera cualquier explicación que no sea la ciega revancha, imitada como réplica por Enrique II en la ofensiva que lanzaría en el año cincuenta y cuatro contra los Países Bajos, amenazando Bruselas. Carlos mostró entonces de nuevo su voluntad inquebrantable. Se hizo transportar en litera hasta el frente de batalla, amparando a un Filiberto de Saboya que debía dirigir el choque decisivo contra el joven rey francés. Tuvieron su oportunidad en verano, en el cerco a que había sometido el rey a la villa de Renty, pero cuando los imperiales dispusieron el orden de combate, Enrique II, esquivo una vez más y desconfiado, eludió el enfrentamiento retirándose. Fue la última batalla de Carlos V, una victoria a medias, cuyo recuerdo le acompañaría en Yuste mediante una pintura recreativa del acontecimiento. Su reaparición en aquel escenario guerrero, en condiciones físicas muy mermadas, fue un remedo lastimoso de un hombre que ya no existía y cuya nueva realidad y presente bien pudo ir asumiendo en el lento y penoso camino de vuelta a Bruselas, por Arrás, un viaje iniciado el 16 de agosto de 1554, en Renty, que sólo pudo concluir el 9 de octubre. Cuando por fin llegó a Bruselas, atormentado por la gota, era un hombre sencillamente minado y destruido en su salud, en el límite de su resistencia física y anímica, el hombre que buscó afanoso en adelante su propia sucesión y retiro.